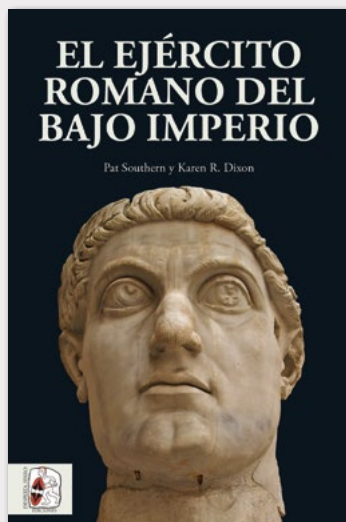


Los hombres que sostuvieron Roma ante los bárbaros

Una obra imprescindible para profundizar en las causas de la decadencia y fin del Imperio romano –o transformación si se quiere–, un fenómeno de múltiples facetas entre las que destaca, como en toda la historia de Roma, la militar.



14-2-2018 – La editorial Desperta Ferro Ediciones publica *El Ejército romano del Bajo Imperio*, de [Pat Southern](#) y [Karen Dixon](#).

Esta obra de Pat Southern y Karen Dixon es la mejor síntesis disponible acerca del ejército romano en los últimos siglos del Imperio, desde los tiempos de la Anarquía Militar hasta la caída del Imperio de Occidente, con una mirada a la prolongación y evolución de su sistema militar con Justiniano en Oriente. En palabras de las autoras: “El objetivo de este libro es aunar la evidencia que tenemos respecto a la historia, organización y métodos de combate del ejército [...], intentando también documentar la apariencia física de los soldados desde un punto de vista arqueológico e histórico”. Como argumento central, *El Ejército romano del Bajo Imperio* analiza las transformaciones que la estructura del ejército experimentó entre los Severos y el siglo VI, fijándose especialmente en su resiliencia y adaptabilidad, capacidades que permitieron a Roma sobreponerse a sucesivas crisis y plantar cara a enemigos de muy diversa índole, desde los germanos de allende el limes renano a los jinetes acorazados sasánidas.

En sus páginas, *El Ejército romano del Bajo Imperio* aborda debates tan discutidos como el impacto de la barbarización o la defensa de las fronteras y la creación de los comitatenses y limitanei. A este tronco se suman capítulos tanto relativos a los hombres que combatieron bajo las Águilas como a los recursos materiales con que contaron: reclutamiento, condiciones de servicio o moral, por una parte, y equipamiento, fortificaciones o guerra de asedio por otra. Las autoras se han basado tanto en las fuentes escritas como en iconografía y en los más recientes descubrimientos arqueológicos, algo que resulta reflejado de manera abundante en el casi un centenar de ilustraciones y fotografías con que cuenta el libro, además de mapas, cronologías y glosario.

El libro estará **disponible el miércoles 28 de febrero**. Pincha en este [enlace](#) para obtener más información sobre la obra y [aquí](#) para consultar nuestro Catálogo de publicaciones enero-junio 2018.

Contacto y entrevistas:

Javier Gómez Valero - Comunicación

Tel. 658 160 824 - comunicacion@despertaferro-ediciones.com

Sobre Desperta Ferro Ediciones

Desperta Ferro Ediciones es una editorial independiente fundada en 2010 por tres historiadores que decidieron hacer de su vocación, la Historia, un modo de vida y apostar por un producto cultural de calidad y en papel. Actualmente la editorial cuenta con cuatro cabeceras de revistas (*Desperta Ferro Antigua y Medieval*, *Desperta Ferro Historia Moderna*, *Desperta Ferro Contemporánea* y *Arqueología e Historia*) y desde 2015 con una línea de libros en la que, en apenas dos años, han visto la luz una quincena de títulos entre los que destacan obras de referencia como *Ciudades del Mundo Antiguo*, de Jean Claude Golvin, *La guerra en Grecia y Roma*, de Peter Connolly o *Choque de titanes. La victoria del Ejército Rojo sobre Hitler*, de David Glantz, de próxima aparición (catálogo completo [aquí](#)). De esta forma, lo que comenzó como un modelo de autoempleo se ha convertido en un motor de generación de puestos de trabajo ya que, en la actualidad, Desperta Ferro Ediciones cuenta con quince profesionales en plantilla y decenas de colaboradores externos.

www.despertaferro-ediciones.com



DOSIER DE PRENSA



SOBRE LAS AUTORAS

Pat Southern es una historiadora inglesa especializada en el estudio de la Roma clásica. Southern ha sido bibliotecaria del Departamento de Arqueología y en la biblioteca de la Sociedad Literaria y Filosófica de la Universidad de Newcastle upon Tyne. Ha publicado trece libros sobre historia romana y arqueología, entre ellos *El Ejército romano del Bajo Imperio* en coautoría junto a Karen R. Dixon, y es autora de numerosos artículos sobre historia romana en la página web de la BBC History y en la revista académica *Roman studies journal Britannia*.

Karen R. Dixon es investigadora de la Universidad de Newcastle upon Tyne. Su análisis de la moral en el ejército romano tardío fue bien recibido e influyó en el desarrollo del estudio de la psicología militar en la historia iniciada por John Keegan en *El rostro de la batalla*. Es coautora junto a Pat Southern de *El Ejército romano del Bajo Imperio*.

SE HA DICHO SOBRE EL LIBRO

“Hay mucho que ensalzar en este libro, y sin duda será una herramienta indispensable para estudiantes y profesores de la historia militar romana y de la arqueología”.

Jane Webster, University of Leicester

“El libro es a la vez ameno y placentero, y puede recomendarse encarecidamente como punto de partida para el estudio del ejército romano tardío.”

The Classical Review

DOSIER DE PRENSA



INDICE

Prefacio y agradecimientos

Lista de emperadores

Relación de hechos significativos

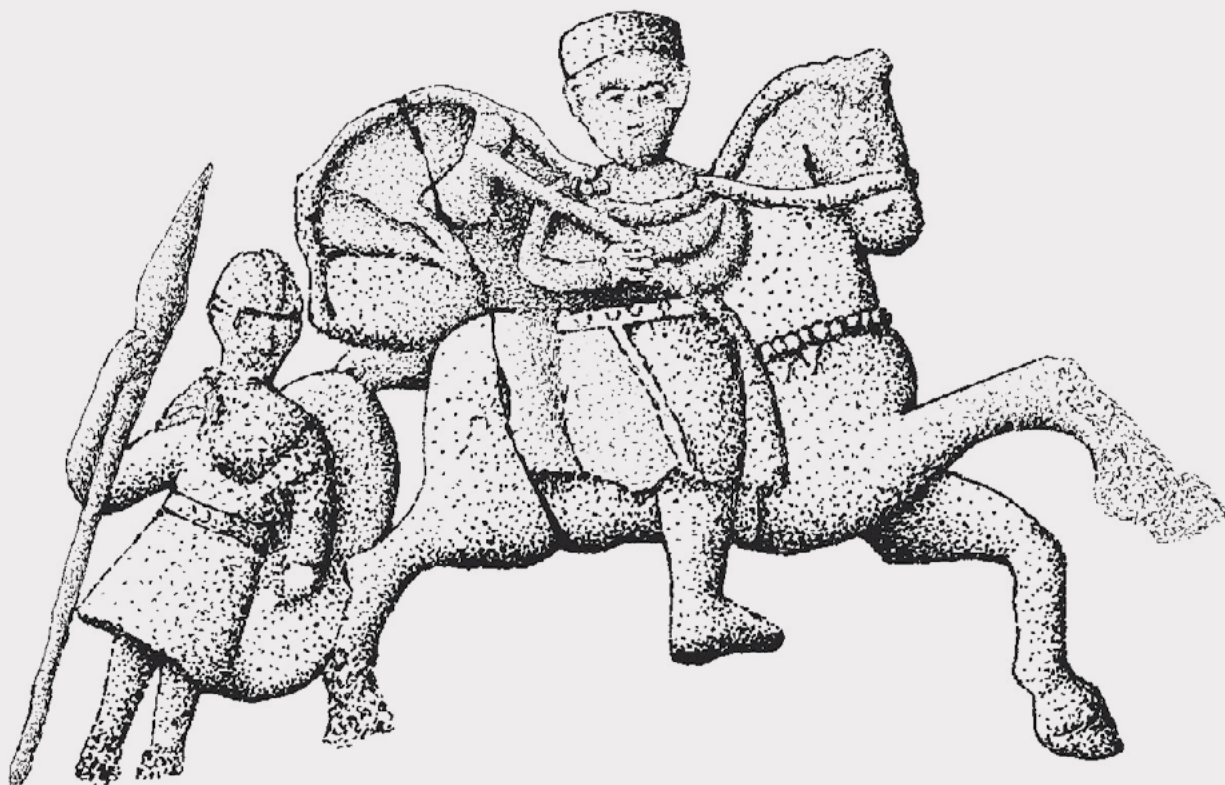
- 1 FUENTES
- 2 CRISIS Y TRANSICIÓN
- 3 BÁRBAROS Y BURÓCRATAS. EL EJÉRCITO DESDE CONSTANTINO A JUSTINIANO
- 4 RECLUTAMIENTO
- 5 CONDICIONES DE SERVICIO
- 6 EQUIPAMIENTO MILITAR
- 7 FORTIFICACIONES
- 8 GUERRA DE ASEDIO
- 9 LA MORAL DEL EJÉRCITO ROMANO TARDÍO
- 10 EL OCASO DEL EJÉRCITO

Mapas

Glosario

Bibliografía

Índice analítico



DOSIER DE PRENSA

FRAGMENTOS

2

CRISIS Y TRANSICIÓN

El Ejército romano del Bajo Imperio fue, en última instancia, el resultado de las reformas de Diocleciano y de otras medidas de mayor alcance llevadas a cabo por Constantino. Sin embargo, cualquier estudio sobre sus orígenes debe comenzar a finales de la segunda centuria, para ilustrar el trasfondo de las reformas realizadas por estos dos emperadores. Existen ciertos hitos en los orígenes del Ejército tardío que los investigadores modernos han situado, de un modo convencional, en los reinados de Marco Aurelio, Septimio Severo y Galieno. Cualquier valoración sobre el desarrollo de dicho ejército debe tener en cuenta estos puntos de referencia, aunque con una condición: debemos ser conscientes de que las sucesivas reformas militares, que tuvieron lugar entre los reinados de Marco Aurelio y Constantino, no se llevaron a cabo como parte de un proceso constante, dividido en etapas, destinado a la consecución de una meta prefijada. Nuestra perspectiva histórica nos permite discernir, en los cambios organizativos realizados por Marco Aurelio, Septimio Severo, Galieno y Diocleciano, las formas embrionarias de lo que sería el ejército posterior; de modo que puede dar la impresión de que existen unos eslabones bien definidos en la cadena evolutiva que conecta los contingentes que Marco Aurelio movilizó en el Danubio con los ulteriores ejércitos de campo de Constantino. Esto no se ajusta a la realidad, estrictamente hablando, y ha sido objeto de debate durante casi un siglo.

Los cambios realizados en la estructura de mando del ejército, así como en la organización de las tropas, debieron de estar relacionados con los problemas a los que tuvieron que hacer frente en cada momento o, de manera más concreta, con los problemas inminentes que afrontaron y que lograron superar. En ningún momento cabría esperar que el alto mando realizase predicciones a largo plazo sobre la naturaleza de las amenazas futuras y, en consecuencia, adoptara las medidas preventivas necesarias de forma anticipada. Huelga decir que si existen eslabones en la cadena entre las reformas militares de finales del siglo II o de principios del III y las del IV, estos son retrospectivos y empíricos, basados en los sucesos pasados y en lo que resultó más eficaz para anular las distintas amenazas. La tarea del arqueólogo y del historiador supone tratar de evaluar hasta qué punto, si existe alguno, se puede afirmar que las reformas militares en verdad no guardan relación unas con otras, que carecen de precedentes y que son originales.

El Imperio romano alcanzó su mayor extensión territorial en el reinado de Trajano, quien lanzó importantes ofensivas en Dacia y en Oriente. Sus pacíficos sucesores, Adriano y Antonino Pío, realizaron ajustes en las fronteras que dieron lugar a nuevas ganancias territoriales, aunque estas no fueron significativas y más bien pueden considerarse una labor de racionalización para facilitar la defensa. Adriano cayó en desgracia tras abandonar algunos territorios conquistados por Trajano, probablemente, porque consideró que los recursos imperiales eran insuficientes para defenderlos. Durante años, en general, el imperio se mantuvo en paz y de este modo el orador Elio Arístides se mostró entusiasta con la estabilidad de las fronteras romanas. Sin embargo, esta paz no duraría mucho tiempo.

El Imperio romano alcanzó su mayor extensión territorial en el reinado de Trajano, quien lanzó importantes ofensivas en Dacia y en Oriente. Sus pacíficos sucesores, Adriano y Antonino Pío, realizaron ajustes en las fronteras que dieron lugar a nuevas ganancias territoriales, aunque estas no fueron significativas y más bien pueden considerarse una labor de racionalización para facilitar la defensa. Adriano cayó en desgracia tras abandonar algunos territorios conquistados por Trajano, probablemente, porque consideró que los recursos imperiales eran insuficientes para defenderlos. Durante años, en general, el imperio se mantuvo en paz y de este modo el orador Elio Arístides se mostró entusiasta con la estabilidad de las fronteras romanas. Sin embargo, esta paz no duraría mucho tiempo.

El Imperio romano contaba con distintos tipos de fronteras. Algunas eran completamente abiertas, con unos límites apenas definidos; a veces una simple calzada servía de línea divisoria; varias seguían el curso de un río y otras estaban defendidas por barreras físicas. Estas defensas no respondían a un diseño uniforme, salvo por el hecho de que la mayoría se encontraba reforzada por una o más zanjas. El Muro de Adriano, en Inglaterra, es una obra de una complejidad extrema, compuesta por tres elementos diferenciados: un foso orientado hacia el norte, un ancho muro de piedra provisto de torres, fuertes y *milecastles* repartidos a lo largo del trazado y, finalmente, una zanja de mayor entidad orientada al sur, conocida como el *vallum*. No sin motivo, a todo ello se le ha considerado una defensa excesiva. Otras fronteras no eran tan complejas. En Alemania, Adriano construyó una empalizada de madera precedida de una zanja

que, tiempo después, fue sustituida por terraplenes con una disposición ligeramente distinta. En Britania, durante cierto tiempo, el Muro de Adriano fue sustituido por el Muro de Antonino, construido no en piedra, sino mediante bloques de césped. En Recia, se erigió un muro de piedra, no tan ancho como el de Adriano, y en África, se han encontrado tramos de muros pétreos en ciertos sectores de esta extensa frontera que, en algunas partes, quedó sin defensas, aunque no necesariamente sin vigilancia.

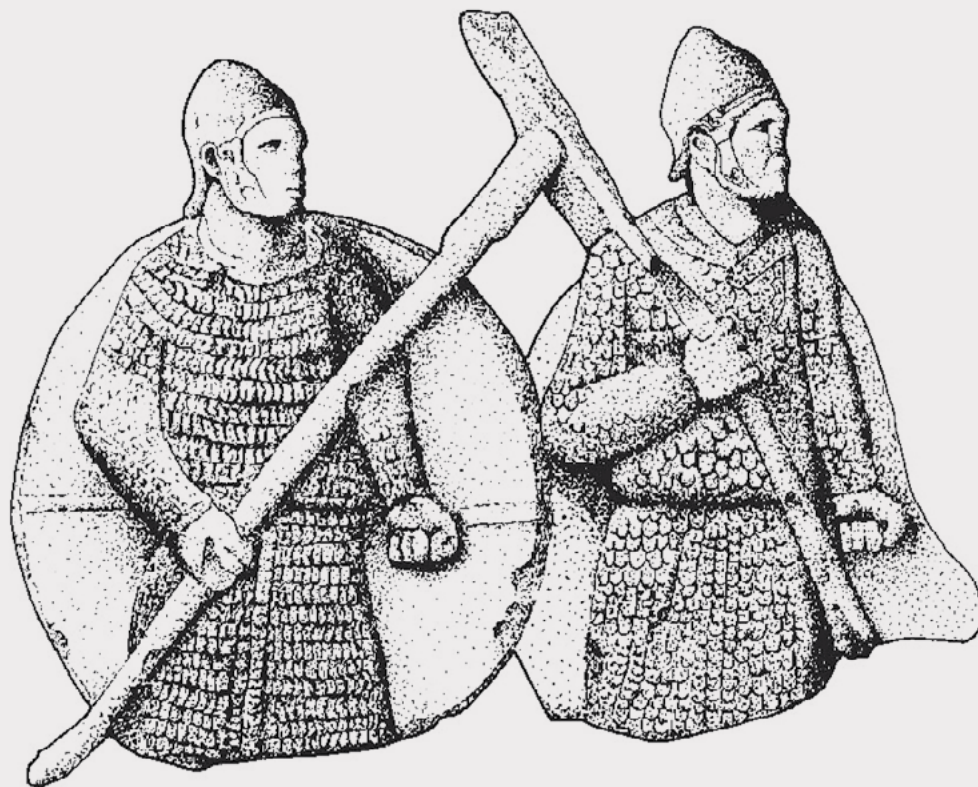
Las razones que subyacen tras las correrías de los bárbaros son, sin duda, complejas y resultan difíciles de explicar por completo. Sean cuales sean, no resultan tan relevantes para el estudio del ejército romano como son verificables sus resultados y la respuesta imperial ante esta constante amenaza. Es cierto que, durante los años 259 y 260, los francos y los alamanes causaron más daño que nunca. Los francos ya habían irrumpido en la Baja Alemania en 257, destruyendo y saqueando todo a su paso hacia la Galia. Dos años después, los alamanes cruzaron los Alpes en dirección a Rávena y en 260 atravesaron el Rin y saquearon la Galia.

Ese año, uno de los más nefastos de la historia romana, el Imperio comenzó a fragmentarse. En el Rin, el fuerte de Niederbieber quedó destruido y los de Taunus y Wetterau fueron abandonados (Batz *et al.*, 1982, 217). La margen derecha del Rin, frente a Colonia, fue confiada a un caudillo germano tras llegar a un acuerdo con Galieno y algunos marcomanos se asentaron con permiso de este

emperador en la provincia de Panonia, en lo que supuso un antecedente del habitual método de *receptio*, según el cual las tribus eran acogidas en masa dentro de las fronteras imperiales después de otorgarles tierras en las que asentarse. Algunos fuertes del Danubio superior quedaron abandonados y la provincia de Recia se perdió.

En la frontera oriental, los ataques persas comenzaron a principios de la década de 250 y conllevaron la pérdida de algunos fuertes. La ciudad de Dura-Europos fue destruida en 256-257 y nunca fue recuperada. En 259, el emperador Valeriano fue capturado y numerosos romanos cayeron prisioneros. Septimio Odenato, el rey de Palmira, atacó a los persas durante su regreso y, tras derrotarlos, extendió su poder sobre gran parte de Oriente. En palabras de un autor posterior, que miraba atrás con desprecio por el pasado reciente, «el soberano de Palmira se creyó nuestro igual» (*Pan. Lat.* 8.10). A todos los efectos, así era Odenato. Galieno no se hallaba en posición de derrocarlo y, por tanto, tuvo que reconocerlo de forma oficial como gobernante de Oriente.

Este reconocimiento no incluyó a Póstumo, que tomó el poder en la Galia e instauró un imperio gálico independiente que no se reconcilió con el poder central durante años. De este modo, en 260, Galieno tuvo que lidiar con dos separatismos, mientras luchaba por mantener las regiones del Imperio que aún controlaba libres de invasores y usurpadores bárbaros que amenazaban con arrebatarse lo que quedaba de su autoridad.



3

BÁRBAROS Y BURÓCRATAS. EL EJÉRCITO DE CONSTANTINO A JUSTINIANO

LA BARBARIZACIÓN DEL EJÉRCITO

La inmigración en masa de pueblos dentro del Imperio era una cuestión que exigía una respuesta diferente. A veces, miembros de los pueblos derrotados (*dediticii*) se establecieron dentro de las fronteras romanas en un número bastante elevado; otros grupos bárbaros entraron de forma voluntaria. Desde que el Imperio fue creado, hubo pueblos que solicitaron que se les permitiera cruzar las fronteras; algunas veces fueron admitidos y se les entregaron tierras. MacMullen (1990, 49-50) enumera algunos ejemplos de estas medidas: en época de Augusto 50 000 getas se establecieron en Mesia; Tiberio permitió que 40 000 alamanes entraran en la Galia y en Renania; Marco Aurelio admitió a 3000 *naristae* en el imperio; Probo hizo lo mismo con 100 000 bastarnos; por último, Constantino instaló a 300 000 sármatas en Tracia, Italia y Macedonia. Estos números resultan, en opinión de MacMullen, muy cuestionables, pero sirven para ilustrar la magnitud del problema. En el Bajo Imperio, el número de bárbaros que deseaban ser admitidos aumentó de manera exponencial.

Los métodos para gestionar tanto los prisioneros de guerra como los individuos libres de origen bárbaro eran similares, aunque no su estandarización no era rígida. Una norma común para estos asentamientos estipulaba que los bárbaros debían defender la parte de la frontera donde se les había concedido tierras, o que debían aportar tropas para el ejército. Es probable que hubiera más modelos de asentamiento de los que las fuentes revelan (Liebeschuetz 1991, 13) y que los intentos de clasificarlos en grupos, claramente definidos, solo con la base de sus nombres, po-

seen, en el mejor de los casos, una utilidad limitada. Dos grupos que pueden resultar similares son los *laeti* y los *gentiles*, pero más allá del hecho de que ambos nombres se refieren a grupos de individuos que no eran ciudadanos romanos, y que parecen aludir a realidades étnicas distintas, resulta imposible discernir si gozaban del mismo estatus. Tal vez los dos términos no eran intercambiables o implicaban diferencias de tipo técnico que resultaban obvias para los romanos, pero no para nosotros.

LA DECADENCIA DEL EJÉRCITO

El proceso de barbarización, por sí mismo, no logra explicar por completo los cambios militares que fueron relevantes para los autores de los siglos IV y V, aunque los factores asociados que resultaron del proceso fueran dañinos. Después de Adrianópolis, y tras la batalla del Frígido, existió una urgente necesidad de reconstruir los ejércitos orientales y occidentales. Ambos contingentes no desaparecieron por completo, pero se podría decir que, cuando al fin fueron reconstruidos, la mayoría de los lazos con la realidad militar del pasado se había cortado. No se trataba de escasez de recursos humanos, necesariamente, sino de escasez de efectivos bien entrenados, que es muy distinto. Este es uno de los motivos por el cual la aparente recuperación tras los desastres de finales del siglo IV no fue tan efectiva como, por ejemplo, la fácil recuperación tras la pérdida de dos ejércitos expedicionarios en las campañas dacias de Domiciano. En el Alto Imperio, los desastres militares no habían conducido al colapso y los territorios asolados se reconstruyeron, pero eso fue antes de un proceso de extenuación que duró décadas y que el Bajo Imperio tuvo que afrontar sin respiro.

Contacto y entrevistas:

Javier Gómez Valero - Comunicación

Tel. 658 160 824 - comunicacion@despertaferro-ediciones.com

www.despertaferro-ediciones.com



DOSIER DE PRENSA

